

del sacro colegio y tomara las armas; pero se dieron por contentos con que la ciudad dispusiera quinientos hombres de la milicia ordinaria de los Estados de la Iglesia (1). General de estas tropas romanas auxiliares era Horacio Farnese, futuro yerno del rey de Francia. Mas como se quejara Mendoza de que con esto se ponía a Roma en manos de Francia, se le dieron oficiales subordinados afectos al emperador (2).

Por fortuna, durante el largo período del conclave no se turbó seriamente la tranquilidad, ni en Roma ni fuera de ella. Verdad es que Camilo Colonna, después de la muerte de Paulo III, se apoderó de algunos pueblecitos, y Ascanio Colonna se puso en movimiento para recobrar el señorío de que le había privado aquel Papa; pero por lo demás, en un escrito certificó al sacro colegio su devoción a la sede apostólica (3). El 10 de diciembre de 1549 pudieron los cardenales tomar el acuerdo de licenciar la mitad de sus tropas auxiliares (4), y el 10 de enero de 1550, en atención a los grandes gastos, se volvió a reducir considerablemente la fuerza armada (5), a pesar de haberse recibido el 22 de diciembre la noticia de que Fermo había sido ocupado por los florentinos (6), y los días 21 y 22 de enero tuvo el conclave que volver a tomar resoluciones acerca de disturbios ocurridos en Bolonia y la ocupación de Acquapendente (7).

La tarde del 30 de noviembre se cerró la puerta del conclave con seis cerrojos por fuera y por dentro (8), pero con todo eso se guardó la clausura tan flojamente, que decía después un testigo ocular, que el conclave había estado menos cerrado que abierto (9).

Entre tanto hacia el 20 de noviembre de 1549 Carlos V se

(1) Massarelli, 9 s.

(2) Massarelli, 9. D'Urfé, en Ribier, II, 255. Dandolo, en Brown, V, n. 588.

(3) Vide Massarelli, 9 s., 24, y las *Relaciones de Escipión Gabrielli, de 11, 19, 25 y 29 de noviembre (*Archivo público de Sena*), de F. Franchino, de 13 de noviembre de 1549 (*Archivo público de Parma*), y de Masio, de 23 de noviembre de 1549 (en el Archivo de Lacomblet para la historia del Bajo Rin, VI, 147). Véase también Dandolo en Albèri, 343, s.

(4) Massarelli, 54.

(5) *Ibid.*, 90.

(6) *Ibid.*, 71.

(7) *Ibid.*, 103 s.

(8) *Ibid.*, 31.

(9) «Visensis, qui iam pridem non conclusi sed patentis conclavis libertatem aegre tulerat.» Gualterius, en Merkle, 90 s.

había declarado a su embajador en Roma respecto de la elección pontificia. Ante todo le hubiera sido agradable el dominico Juan Alvarez de Toledo, tío del duque de Alba y hermano del virrey de Nápoles; pero si la elección de éste no era posible, deseaba la de Carpi, Pole, Morone o Sfondrato, los cuales eran varones no menos excelentes que el español citado. El emperador excluía a todos los franceses y además a Salviati, Ridolfi, Cervini, Capodiferro y Verallo (1).

No obstante, al principio del conclave, estos imperiales deseos no eran conocidos de los cardenales afectos al emperador, y se habían resuelto no en favor de Toledo, sino de Pole; pero ni para éste disponían de suficiente número de votos. Creían con todo, Madruzzo y otros, que si luego al principio del conclave proclamaban a Pole como Papa sin más formalidades, arrastrarían los votos de algunos indecisos. Ciertamente, Sforza y Maffei previnieron contra semejante proceder precipitado, que sólo serviría para irritar a los adversarios (2), y el suceso vino a justificar sus previsiones. Ya la misma dilación tan larga de las exequias de Paulo III se enderezó en parte contra este plan; y cuando a 30 de noviembre, apenas se hubo cerrado el conclave, los imperiales propusieron que se procediese a una reunión electoral aquella misma tarde, se les significó que en cosa tan importante se debía proceder con cautela y según el orden acostumbrado. La noche vino a zanjar la discusión entablada sobre esto, sin que los imperiales hubieran conseguido nada.

Tampoco en los dos días inmediatos se llegó a ninguna votación (3). No se hizo más que leer las Bulas pontificias sobre la elección, de Julio II y Gregorio X y jurarlas; y además se preparó y aceptó una capitulación electoral para el Papa futuro (4), la cual convenía generalmente con la establecida en el conclave de Clemente VII, y al fin obligaba al futuro Papa a entregar la ciudad de Parma a Octavio Farnese.

(1) Maurenbrecher, 220. Sobre los dichos cardenales vide nuestras indicaciones del vol. XI, 155, 157 ss., 192 s.; vol. XII, 163. Sobre Sfondrato, que murió ya el 31 de julio de 1550, véase también Novati en el *Archivio stor. Lomb.*, XXI (1894), 45 s.

(2) Maffei, en Merkle, II, 31.

(3) Massarelli, 32.

(4) Impresa en Le Plat, IV, 156 s. Vide Lulves en las Fuentes e investigaciones del Instituto prusiano de historia, XII, 224 s.

La tarde del 1 de diciembre se suscitó una controversia sobre si las votaciones debían ser públicas o secretas (1); pues mientras unos creían que la votación pública era el medio mejor de prevenir torcidas maniobras, otros consideraban que por este camino se perdería la libertad de elegir, principalmente en un tiempo en que los imperiales por una parte y los franceses por otra, procuraban atraer electores a su partido, no sólo con promesas y recompensas, sino también con amenazas.

La tarde del 1 de diciembre se acercó Mendoza a la puerta del conclave y entregó un escrito del emperador. En otro, que no comunicó públicamente, se expresaban los deseos de Carlos V respecto de la elección pontificia (2).

En la mañana del 3 de diciembre se llegó al acuerdo sobre que las votaciones habían de ser secretas, y siguió la primera votación. En el altar se había puesto un cáliz de oro y cada elector se acercó y depositó en él su voto. Luego se vació el cáliz sobre una mesa delante del altar, mirando cada una de las cédulas los tres cardenales inspectores, y leyendo en voz alta el cardenal Cibo, el nombre o nombres que había en cada papeleta; pues los más de los electores escribieron tres y hasta cuatro juntos (3).

No menos que veintiún veces tuvo que anunciar Cibo en este escrutinio primero el nombre del cardenal Pole, a quien ya antes se había predicho comúnmente que ceñiría la tiara, por más que en Roma temían su celo por la reforma (4).

(1) Massarelli, 34.

(2) *Ibid.*

(3) Massarelli, 36.

(4) Pole, a quien los antes mencionados (pág. 28, nota 1) Ricordi di Paolo III, designan ya como «soggetto a giudizio del mondo superiore agli altri di nobilita, bontà e dottrina», aparece en todas las relaciones del primer tiempo después de la muerte del Papa Farnese, como el candidato de cuya elección más esperanzas había. Vide las *Relaciones de Escipión Gabrielli, que se conservan en el *Archivio pubblico de Sena*, del 13 (*Le scomesse et le voci de la città variano ogni giorno et il più alto è Inghilterra e poi Salviati. S. Croce è ancora in buona aspettatione), 14, 15, 25 y 29 de noviembre (*Il card. S. Croce quando non riesca Inghilterra si tiene in grandissima aspettatione ancorche gli imperiali pubblicamente mostrano poco sodisfarsene) y del 1.º de diciembre (voce universale en favor de Pole, aunque su celo de reforma le podría arrebatar la tiara; si ragiona di Sfondrato, di S. Croce et di Monte). Vease, además la carta de Muzio, *Lettere* 109 ss., y de Masio en el *Archivio de Lacomblet para la historia del Bajo Rin*, VI, 146 ss.; y *Giorn. stor. della lett. Ital.*, XVII, 343; XLIII, 237 s. Con todo eso, examinando más de cerca

Siguieron a Pole en número de votos, Toledo con trece, de Cupis y Sfondrato con doce, Carafa con diez. El nombre de Salviati se halló sólo en dos sufragios, y de todos los demás excluidos por el emperador, sólo el nombre de Cervini se halló en nueve cédulas, a pesar de la universal estima de que gozaba. Por lo demás, los deseos del emperador no parecen haber tenido gran influencia en la elección (1). Como la requerida mayoría de dos tercios necesitaba veintiocho votos, se pudo esperar fundadamente que en los escrutinios siguientes obtendría Pole con facilidad los que le faltaban y que el conclave terminaría pronto.

Lo que entonces ocurrió a Pole, al ver tan cerca de sí la más alta dignidad de la tierra, lo explicó él mismo más adelante a un amigo suyo. La votación, dice, no le hizo la menor impresión (2). Ya antes, a instancias de los cardenales de que diera a algunos pasos para promover su elección, había contestado que no diría ni una palabra, aun cuando el silencio hubiera de costarle la vida; pues permanecía firme en su propósito de abandonarse a la dirección de Dios, sin desear otra cosa sino el cumplimiento de la divina voluntad (3).

En la primera votación del conclave no era costumbre que, después de leídos los votos, alguno se adhiriese con el suyo a alguno de los elegidos; pero era permitido en los escrutinios siguientes, y apenas parecía dudoso que algunos cardenales usarían de este derecho en favor de Pole. Por ventura para poner obstáculos a la elección del reformista Pole, temido por los cardenales aseglarados (4), antes de la votación del siguiente día se propuso la cuestión de si el acceso posterior anulaba el voto ya dado por el que usaba de aquel derecho; y después de larga dis-

la situación, la candidatura de Pole no parecía hacedera (v. Muzio, *Lettere* 111-113). También Masio juzga de un modo semejante en 3 de diciembre (*Cartas*, 53).

(1) «Auctoritatem nullam adeptae sunt», dice Maffei de las cartas de exclusión de Carlos V. Merkle, II, 51.

(2) A Francisco Navarrete, obispo de Badajoz, el 17 de junio de 1550 en carta publicada por Quirini, *Ep. Poli* V, 53 s. Vide Brown, V, n. 671.

(3) Carta de Dandolo de 30 de noviembre de 1549, publicada por Brown, V, n. 595.

(4) Escipión Gabrielli * notifica en 1 de diciembre de 1549, que Pole era muy católico y quería la residencia de los obispos y la presencia de los cardenales en la curia; que en vida de Paulo III había dicho que habrían de suprimirse los ofitii (*Archivio pubblico de Sena*). Vide Muzio, *Lettere* 109.

cusión se restableció el acuerdo decidiendo que tampoco aquel día sería permitido el acceso (1). Con todo eso, aquel día, durante cuya mañana el cardenal Pacheco había reforzado el partido del emperador (2), el número de los votos de Pole subió a veinticuatro. Asustados los franceses, hicieron decir a d'Urfé, que si no ideaba alguna jugada oportuna, no era posible impedir la elección favorable a los imperiales. D'Urfé se acercó a la puerta del conclave e hizo anunciar por el maestro de ceremonias, que los cardenales franceses se hallaban ya en Córcega y llegarían presto. Que si no los esperaban hasta el fin de la semana, el rey de Francia no podría reconocer la elección. En realidad, d'Urfé, según él mismo dice, ninguna noticia tenía de Córcega; a pesar de lo cual a las dos horas se volvió a presentar, repitió su protesta delante de seis cardenales y amenazó con un cisma (3).

Entonces siguieron en el conclave horas procelosas. La protesta de d'Urfé tuvo por efecto que los imperiales tomaran la resolución de no diferir la votación hasta la mañana siguiente, sino en aquella misma noche, sin votación formal, reconocer a Pole por Papa con la adoración de todos (4). Con grandísimo ardor trabajaron por reunir el número de partidarios necesario para esto; y de hecho llegaron tan allá, que Pole recibió el aviso de que a poco entrarían en su celda los cardenales y le adorarían como cabeza de la cristiandad. Por la otra parte los partidarios de Francia pusieron todos los medios para impedir aquella adoración, y lograron frustrar el plan de los imperiales. Hasta muy adelantada la noche duraron las conferencias y negociaciones en los tránsitos del conclave. Había ya pasado la medianoche y todavía ningún cardenal se había retirado a su celda (5).

En medio de esta general excitación, no perdió Pole su prudencia. No quiso dar oídos al proyecto de su elevación por la adoración de los cardenales, y como hizo decir a sus amigos, quería entrar en el papado por la puerta, no escalarlo por la ventana (6).

(1) Massarelli, 41.

(2) *Ibid.*, 42. Mendoza le había enviado un mensajero, para instarle a que se diese la mayor prisa posible (Legaz. di Serristori 217). Vino «más muerto que vivo al conclave. Dandolo en Brown, V, n. 596.

(3) Carta de d'Urfé al rey, de 6 de diciembre de 1549, publicada por Ribier, II, 254 s. Vide Muzio, Lettere 116.

(4) Massarelli, 42 s.

(5) Massarelli, 43.

(6) Dandolo en Albèri, 346 y 372-373.

Como una comisión de dos cardenales le hiciera notar que la elevación por medio de la adoración era del todo ajustada a derecho, se declaró conforme, pero apenas habían salido los dos cardenales, envió en pos de ellos un mensajero para retractar su consentimiento (1).

Sin embargo, una cosa habían logrado aquella noche los imperiales: tres cardenales, Morone, Cesi y Gaddi se declararon prontos a añadir sus votos a la mañana siguiente, para la elección de Pole; por lo cual los imperiales, llenos de alegres esperanzas, creían poder confiar en el escrutinio próximo. No barruntaban que aquellos tres otorgarían después a los franceses la promesa de no añadir sus votos a Pole mientras no tuviera ya veintiséis (2).

El 5 de diciembre se esperaba con seguridad que Pole obtendría en el escrutinio la necesaria mayoría de los dos tercios. Antes de dirigirse a la votación, casi todos los cardenales habían hecho desocupar sus celdas, para que no fueran saqueadas después de la elección por el pueblo que entraría tumultuariamente. Ya estaban dispuestas para Pole las vestiduras pontificales; él mismo había compuesto un discurso de acción de gracias y lo había mostrado a algunos. Fuera del Vaticano el pueblo se apiñaba en apretados grupos, y las tropas estaban con las banderas desplegadas, prestas a aclamar al nuevo Papa (3).

Mas entre tanto el partido francés del conclave no pensaba en entregarse sin lucha. Desde muy temprano comenzaron también este día los conatos de ambos partidos para atraerse este o aquel sufragio. La excitación y animosidad aumentaban a cada instante, en términos que, cuando llegó la hora de la misa que suele preceder a las votaciones, se prohibió al maestro de ceremonias que diera con la campana la señal acostumbrada, hasta tanto que los cardenales estuviesen reunidos. Parecía prepararse un a modo de cisma, pues los partidarios de Pole se juntaron en la capilla Paulina y sus émulos en la Sixtina; de modo que no podía desde luego pensarse en una votación.

Entre tanto Cervini, que por el estado de su salud solía pre-

(1) Carta de Pole al obispo de Badajoz, fechada el 17 de junio de 1550, loc. cit. (vide anteriormente, pág. 33, nota 2).

(2) Massarelli y Gualterius en Merkle, II, 42 s.

(3) Maffei en Merkle, II, 43. Adición de Panvinio a Massarelli, *ibid.*, 47.

sentarse más tarde, llegó a la capilla Paulina. Carpi, Morone, Madruzzo, Gonzaga y Farnese le salieron al paso, y explicándole el estado de las cosas, le rogaron que fuese como mediador adonde estaban los del partido contrario. Cervini accedió a ello, y acompañado de Morone se dirigió a la capilla Sixtina. Primero habló con el cardenal decano de Cupis, haciéndole observar que los adversarios de Pole habían hecho ya lo que cumplía a su conciencia, procurando según sus fuerzas impedir la elección del mismo. Pero estando ahora claro que el Espíritu Santo quería que fuese elegido, no debían continuar en su oposición. De Cupis le contestó que también él deseaba la paz y la concordia, pero pocas veces se realizaba una elección pontificia sin rivalidades. Los adversarios habían usado de medios ilegales, y la protesta de d'Urfé hacía temer un cisma de parte de Francia. A esto se le respondió que no todo lo que se decía de manejos habidos era verdadero; si se tomaba en cuenta cualquier protesta se sentaría un mal precedente, pues en adelante cualquier minoría en cuanto le desagradase un candidato, protestaría hasta tanto que hubiera logrado su intento. No era posible esperar a los cardenales franceses, pues hacía ya días que había transcurrido el plazo legal.

Mas éstos y otros argumentos semejantes no alcanzaron su objeto, y los dos mensajeros regresaron a la capilla Paulina sin haber zanjado el conflicto. Por fin, dos horas y media después de la hora acostumbrada se avinieron los del partido francés a pasar adonde se hallaban los otros cardenales, por lo menos para conferenciar con ellos.

De Cupis comenzó las negociaciones insistiendo de nuevo en que se debía aguardar a los cardenales franceses; sin que obstara el decreto de Gregorio X sobre la elección pontificia, que no permite esperar más allá de diez días, pues—decía—no había previsto el presente caso. Sobre esta propuesta siguió una larga discusión. Salviati, Carafa, Lenoncourt y Meudon le apoyaban, Carpi y Toledo le contradecían; del Monte juzgaba que si se podía lícitamente, se debía esperar. Filonardi estaba indeciso. Entonces habló Cervini e insistió con apremiantes palabras en el gran peligro que amenazaba si se daba lugar a las protestas. No se podía esperar legalmente a los cardenales franceses, a no ser que todos estuvieran conformes con esto.

Cervini era tenido por hombre que no hablaría en favor de

ninguno de los partidos, sino sólo según su conciencia, y su explicación hizo tanto efecto que todos los cardenales que hablaron después de él, estuvieron de acuerdo con él, excepto los partidarios de Francia. Este, por medio de un elogio de los méritos de Francia en pro de la Iglesia, procuró obtener una dilación de uno o dos días. Pero entonces se levantó Sfondrato, y por el tenor del decreto de Gregorio X demostró que no era posible diferir más la elección. No era cierto lo alegado por de Cupis de que dicho decreto no tuviera aplicación al caso presente, antes al contrario, era claro que se refería al estado en que entonces se hallaban las cosas.

Entonces pareció perdida la causa de los franceses. Puesta a votación la propuesta del cardenal decano, la mayoría se declaró en contra de una larga dilación, y así se procedió en seguida a votar. Pole obtuvo veintitrés votos. Levantóse entonces Carpi, hizo abrir su papeleta y manifestó que se agregaba a la elección de Pole. Luego se levantó Farnese e hizo igual declaración. Prodújose un silencio mortal. Sólo un voto faltaba a Pole, pues en llegando a veintiséis tenía seguro el vigésimoséptimo por los convenios de la noche precedente, y entonces podía darse el suyo propio, último necesario. Llenos de expectación miraban los electores de Pole a sus émulos, y por medio de señas procuraban atraerlos a la acción. Pero ninguno se movió. Después de una pausa preguntó el decano si alguno quería agregar su voto. Siguió profundo silencio. Entonces de Cupis declaró terminada la votación, todos se levantaron y se salieron, yéndose los imperiales muy abatidos.

Nadie había esperado semejante resultado, y algunos pensaban que sólo por especial disposición de Dios se había podido hacer, que un cardenal hubiera estado tan cerca de la tiara como Pole y, con todo, no la hubiera alcanzado.

Los motivos por que Pole no pudo llegar al pontificado estaban en primer lugar en la aversión de los italianos a elegir Papa extranjero. Además se hacía valer que Pole no contaba más que cuarenta y cinco años, tenía poco conocimiento de los negocios, y había peligro de que comprometiera a Italia en una guerra con Inglaterra. Pero más que otra cosa le perjudicó la sospecha de que sus opiniones, particularmente en materia de justificación, propendían a las de los protestantes. Principalmente fué Carafa quien

insistió tenazmente en este punto, y antes de la votación del 5 de diciembre atacó públicamente a Pole (1).

Los cinco siguientes escrutinios, desde el 6 hasta el 11 de diciembre, apenas ofrecieron cosa de interés. El día 6 se acercó d'Urfé a la puerta del conclave y anunció de nuevo la pronta llegada de los franceses (2). Los imperiales hicieron repetidos conatos en favor de la elección de Pole, por el cual votaron, excepto, naturalmente, el mismo, todos los cardenales del partido imperial y de Silva. Contra él estaban Filonardi, Cibo, Gaddi y los cardenales amigos de Francia que se hallaban presentes en Roma (3). La mañana del 7 de diciembre volvió a parecer que los amigos de Pole iban a conseguir su objeto; pero tampoco el otro partido había estado ocioso. En aquella mañana obtuvo Pole, además de los veintidós votos que le permanecían seguros día tras día, sólo otros dos accesos. Entre los escrutinios del 6 y el 7 de diciembre, se había propuesto como contrincante a Toledo, a quien favorecían el emperador y el duque de Florencia, y fueron tantos los cardenales de uno y otro partido que le prometieron su voto, que su elección parecía casi cierta. Con todo, su candidatura no fué más que una maniobra electoral. Los franceses se declararon por él solamente para romper la unión de los imperiales y quitar al inglés por lo menos el voto de Toledo; y los demás cardenales le hicieron entrever la posibilidad de ceñirse la tiara solamente para apartarla de Pole. Por su parte los imperiales, para hacer confesar a los franceses su falta de sinceridad, simulaban admitir la candidatura de Toledo, de manera que su elección parecía asegurada. Pero entonces los franceses la abandonaron de repente (4).

Sus buenos sucesos en combatir a Pole animaron a los franceses a presentar entonces la candidatura de Salviati, y según opina el cardenal Maffei (5), si hubieran procedido con más rapidez, hubiesen salido con su intento. Pero el antiguo amigo de Salviati,

(1) Adición de Panvinio a Massarelli, en Merkle, II, 47. Maffei y Gualterio, 43, 47. Mendoza en Druffel, I, 306. V. también Muzio, Lettere 114, 117.

(2) «Qui eandem supradictam cantilenam recantavit et discessit.» Firmanus en Merkle, II, 49.

(3) Massarelli, 55.

(4) Así, según Maffei, en Merkle, II, 49. Según Massarelli (ibíd.), se había abandonado de nuevo a Toledo, porque los italianos y franceses querían tan poco al español como al inglés. Vide Muzio, Lettere 119.

(5) En Merkle, II, 51.

Gonzaga, creyó deber pedir antes el dictamen del emperador, el cual, en una carta a Ferrante Gonzaga, lo rehusó de nuevo resueltamente.

El 12 de diciembre llegaron por fin a Roma, anunciados el 10 por d'Urfé, los cardenales franceses du Bellay, Guisa, Châtillon y Vendôme, y después de breve descanso en la embajada francesa se dirigieron al conclave. Este refuerzo del partido contrario fué un grave revés para los imperiales. Todavía para la votación del 12 de diciembre habían propuesto a Toledo en lugar de Pole (esta vez, al parecer, seriamente); pero a la noticia de haber llegado los franceses volvieron a Pole. Toledo no alcanzó más que doce votos y dos accesiones. Por la tarde del 12 de diciembre llegó también el cardenal Tournon; pero esto no mejoró la situación de los franceses, pues perdieron a su partidario Filonardi, que tuvo que abandonar el conclave por enfermedad el 14 y murió el 19 de diciembre (1).

Con la llegada de los franceses comenzó para el conclave un nuevo período. El número de los electores había ascendido a cuarenta y seis, de modo que la mayoría requerida era de treinta y un votos. El 22 de diciembre hubo de marcharse Cervini por enfermo, pero el 28 llegaron de la Chambre y d'Amboise, elevando a cuarenta y siete el número de los electores. Juan de Lorena llegó el día 31; pero al siguiente hubo de salirse el cardenal de la Chambre para buscar fuera del Vaticano alivio a su mal de piedra. Tampoco varió la situación de los partidos la llegada del cardenal Borbón (14 de enero), pues el partido francés perdió luego a Ridolfi, que salió del conclave el 20 de diciembre gravemente enfermo y falleció el 31. El cardenal Cibo, asimismo enfermo, permaneció fuera del conclave sólo desde el 23 de enero hasta el 1 de febrero (2).

Desde el 12 de diciembre tomó la dirección del partido francés el cardenal de Guisa (aunque sólo tenía veintitrés años), varón hábil y poseído de importancia, como privado de su monarca. El primer candidato a quien apoyó, fué al anciano cardenal de Lorena, y sólo cuando se vió que no podía ser, se pusieron los ojos sucesi-

(1) Vide Muzio, Lettere 123.

(2) Cibo esperaba ser Papa con la ayuda del duque de Florencia (vide Staffetti, card. Cibo, Florencia, 1894, 249). Una acerba pasquinada (publicada por Cian en el Giorn. stor. della lett. Ital., XVII, 341) fustigó su ambición.